

AYAKO-ARRI

Por BIDAZTI

En el rincón nordeste de Guipúzcoa no hay cumbre más visitada ni que — en verdad— más lo merezca, que la de esta Peña de Aya. A lo largo de la estrecha crestería de su cumbre, que describe un arco de NE. a SO., tres son sus picos más característicos y en los tres hay su correspondiente buzón. El situado más al Sur de los tres es el que da nombre al conjunto, ya que es conocido como el «Ayako-arri», mientras que el central, el «Txurumuru», es el más impresionante por su agudeza. La silente grandeza de todos ellos es más remarcable por el hecho de que ninguna otra cumbre se eleva cercana hasta su altura. Aisladas, se las mire por donde se quiera, pueden contemplar orgullosas las agujas blancas y lejanas del Pirineo Central, las suaves tierras de Laburdi y las inquietas de Vasconia española, sin tolerar a su lado otra sombra que la de las nubes, la de los buitres y... la de los montañeros de todos los calibres.

Un poco de toponimia

Según parece probable, en las Peñas de Aya está la fuente de mineral de hierro que nuestros antepasados usaron para la fabricación de sus primeros útiles y armas de este metal. Como se sabe, no fueron estos abuelos nuestros quienes inventaron los procedimientos para hacer utilizable el mineral de hierro, sino pueblos indogermánicos, o, por lo menos, éstos lo extendieron por Europa y, por ende, en la Península Ibérica en la cual penetraron, además de por otros puntos, por la zona que dominan las citadas Peñas.

No está bien determinado cuándo lo hicieron. Posiblemente, estas tribus que conocían la manera de extraer y trabajar el hierro, hicieron de este conocimiento un «modus vivendi» que les impulsó a una vida trashumante, de cambalacheo. Una buena espada, una azada, un martillo... serían tesoros mucho más preciados que cualquier otro en el seno de las tribus aborígenes que aún se hallaban, cuanto más, en el período del bronce. Así, es natural que aquellos extranjeros que sabían cómo obtener el hierro, procurasen mantenerse en las inmediaciones de los yacimientos que descubrían y a los cuales darían nombre en su idioma, nombre que pronto aprenderían los aborígenes que —atraídos por aquellas armas y herramientas incomparablemente mejores que las suyas—, acudirían, desde lejanos puntos incluso, por adquirirlas.

Y he aquí el origen probable del toponímico AYA. Porque, toda ésta disquisición estaba encaminada a pretender explicar por qué se llama así a esta ingente mole

rocosa de formación eruptiva. Aya no es nombre vasco sino, con casi total certeza, indogermánico, en cuyas raíces existe el «AYAS» origen de casi todos los nombres del hierro y sus derivados, con un significado literal de algo así como «metal deslumbrante». Al respecto ha de tenerse presente que los primeros hierros se obtendrían de siderolitos, según parece indicar su nombre griego de «sideros» —en relación con «sidus» (astro)— y el egipcio de «benipe» o «baaenepe» que significa «metal del cielo» además de otras muchas consideraciones. Don Manuel Laborde, en un vivo y magnífico estudio publicado en el volumen homenaje al Conde de Peñaflores (R. I. P.) por el Grupo Aranzadi, sostiene el nombre de AYA como sinónimo de la existencia de yacimientos férricos explotados por los antiguos celtas y Hallstatts. Por todo ello, y mientras no se demuestre lo contrario, «Ayako-arri» puede significar «roca del metal deslumbrante». Un bello nombre y hermoso motivo de más para visitarla, nosotros los vascos, «ferrones» por excelencia.

Legendas en su torno

Con todo lo que antecede, nada tiene de extraño que las Peñas de Aya tengan su leyenda, una leyenda de tesoros en su seno explotados por entes extraños. Esta leyenda es la de los «intxisuak»; pequeños y misteriosos individuos que penetraban en las oquedades y «zulos» que abundan entre sus anfractuosidades y de los cuales regresaban cargados con tesoros que los aldeanos de ahora creen de oro y plata pero que, si como se dice, todas las leyendas tienen su fundamento, bien podían ser, simplemente, de hierro más o menos puro, el cual, en aquellos antiquísimos tiempos, sería el máspreciado de los bienes.

Es el caso que aquí se puede hacer notar que, en las leyendas germánicas, los primeros trabajadores del hierro, los forjadores de espadas y fabricantes de martillos, también eran enanos.

Por lo demás, muchas de las galerías y agujeros que allá existen, se ve que fueron trabajados desde tiempos inmemoriales. Los romanos también explotaron los distintos yacimientos, algunos de los cuales aún rinden plata, zinc, y otros minerales, si bien el hierro ya no se extrae.

El camino más usado para llegar a ellas

La mejor base de partida para alcanzar este macizo por sus vertientes Norte, Oeste y Sur, es Oyarzun. Hay quien prefiere Irún pero no vemos otra ventaja que la parte «ferroviaria» del traslado para los que han de utilizar este medio de transporte. Para partir de Oyarzun, éstos han de dejar el tren en Rentería y tomar el autobús que, desde las siete de la mañana y de hora en hora, enlaza esta villa con la milenaria Oyarzun. Esta es la única complicación. Para el que dispone de «movil» propio, también es por Oyarzun donde encontrará la vía de más fácil acceso ya que puede llegar incluso al pie mismo de las Peñas en su vehículo tanto por el Norte como por el Sur.

Pero, veamos como nos arreglamos para ir en el universal «cochecito de San Fernando».

Desde la plaza mayor oyarzuarra ha de tomarse la carretera que va hacia Ventas de Irún. Esta carretera pronto deja atrás las edificaciones y, después de subir y bajar un pequeño repecho, llegamos a un violento zig-zag en la parte superior del cual y a

mano derecha, se encuentra el caserío «Sein», entre árboles. Continuando carretera adelante y disfrutando a nuestra derecha hermoso panorama que nos ofrece el valle de Ergoyen, pasamos junto al caserío «Aldaco», fácilmente reconocible por el gran castaño de Indias que crece en la especie de terraza que tiene delante. En un tiempo fué famoso por el enorme diámetro que alcanzaba su frondosa copa. Hoy, la mayoría de sus ramas las tiene cercenadas y sus carcomidos muñones sirven de nido a multitud de pájaros que alegran con sus trinos su vetustez mutilada.

Un par de centenares de metros más adelante, tras doblar una curva y cuando la carretera pierde ostensiblemente su pendiente a la par que aparecen ante nuestros ojos las diseminadas casas de «Gurutze» al pié de las pequeñas pero agrestes «Peñas de Arcale»; vemos a nuestra derecha la iniciación de una carretera sin asfaltar —que antes fué militar y ahora es vecinal— y que lleva al pié mismo de la primera Peña de Aya o Irumugarrieta.

Siguiendo por esta nueva carretera pronto tropezamos con unos barracones en ruinas, restos de un campamento militar. Por la carretera bordeamos el «Galtzerdimuño», pintoresco montículo cónico mientras queda a nuestra izquierda una herbosa explanada llamada enigmáticamente «Borroka-celayeta». Al dejar atrás el «Galtzerdimuño» veremos restos de otro campamento. Estos campamentos fueron conocidos como los de «Babilonia» tomando el nombre de un caserío situado casi en el fondo de una vaguada —que ahora estará a nuestra derecha— y por cuyo fondo discurre el «Babilonia-errika».

Esta parte del camino tiene, aparte del encanto pintoresco, el subyugante misterio de sus nombres. ¿A qué es debido el nombre de «Borroka-celayeta»? ¿Qué clase de «borrokas» tenían lugar en dicho prado? Nadie nos lo ha podido informar con certidumbre, pues, mientras unos remontan el origen de este nombre a tiempos de los romanos —la «Andre-arriaga», piedra tenida por romana y actualmente en el Museo de San Telmo, fué encontrada en sus inmediaciones—, otros lo estiman originado por algunos encuentros habidos allí en las guerras carlistas. Sea como sea, también el «Babilonia» con que tropezamos un poco más adelante tendrá, a no dudar, un curioso origen.

La carretera discurre ahora por la falda del monte «Ameztoyeta», teniendo en frente, al otro lado de la vaguada, el «Erco-mendi», antes cubierto de espeso pinar. Seguimos adelante hasta dejar atrás el caserío «Ameztoyeta» y por un corto atajo alcanzaremos una parte llana de la carretera —hasta ahora todo ha sido subir— que describe un gran arco. Casi en el centro y tras dejar a la izquierda, en verde prado, el caserío «Gorrintzolo-berri», veremos un camino, también a mano izquierda, que además de llevar a los caseríos «Gorrintzolo» (más adelante está el «zar») lleva al otro lado del monte «Leun» a cuyo pié nos encontramos y que es inconfundible por sus dos gibas. Pasando al otro lado del monte por el camino citado, de característica tierra roja, nos encontramos en la vertiente del Bidasoa, cuya desembocadura se nos presenta a la vista formando un maravilloso paisaje con Fuenterrabía, Irún y Hendaya asomándose a la grandiosidad oceánica pero, agazapadas, como clavándose en tierra, temerosas de súbita galerna. . .

Siguiendo este camino que bordea el Leun, mientras a nuestra izquierda se abre un barranco en cuyo fondo discurre el arroyo de Picocarate, pasamos por una pequeña explanada —collado entre el Leun y el Sagualarre— y siguiendo el citado camino llegaremos al nacimiento del arroyo mencionado. Poco antes de llegar a él habremos encontrado de nuevo la carretera pero —«¡Vade retro!»—. Dejándola a nuestra derecha, sigamos el camino traído que nos llevará, cruzando la fuente citada, a trepar por pendiente pradera de rala hierba en la cual parece difuminarse el camino pero al final

del cual —y tras alcanzar de nuevo la carretera y seguirla en cerrada curva durante un corto trecho— llegaremos al caserío «Pikoketa».

Si no nos interesan sus servicios —sirven bebidas y comidas— se sigue por la carretera medio centenar de metros y donde terminan los setos que bordean la misma a mano izquierda, se verá arrancar otro difuso camino siguiendo el cual se termina de remontar la colina de Pikoketa y se evitan las curvas de la carretera. Desde la cumbre citada se baja con rapidez hacia la borda de Arakama, al lado de un pequeño pinar y de las ruinas de «Barrakako-txabola».

Esta borda se encuentra al borde de la tan traída y llevada carretera la cual, a partir de aquí, es el camino más corto hasta el pie de las Peñas. Cuando, siguiendo ésta, llegamos al collado, puerto o como se le quiera llamar al punto más alto de la misma, veremos a mano derecha un sendero que trepa en medio de incipiente bosquecillo de alerces que luego se hace más tupido para terminar bruscamente donde se acentúa la rampa y, sin embargo, se suaviza el sendero que allí inicia un enorme zig-zag. El comienzo de éste está señalado por los restos de un nido de ametralladoras bastante bien conservado.

Ya todo es trepar y al final del zig-zag se coronan los primeros peñascos en medio de los cuales —¡Bendito sea el Señor!— hay una magnífica fuente que los beneméritos miembros de la «Irungo Atseguña» arreglaron y mantienen en perfecto estado. La fresca vivificante de sus aguas es saboreada como el mejor de los champagnes y, adelante. A los diez o doce minutos de seguir el sendero, bien marcado, llegaremos al buzón del Irumurugarrieta o primer pico. 917 metros de altura.

Toda la ascensión se realiza teniendo maravillosas vistas sobre el Bidasoa, pero ahora, estas panorámicas abarcan casi todo el círculo del horizonte.

Para ir al segundo de los picos, se vuelve unos metros atrás por el camino traído hasta encontrar un sendero que sigue adelante. Es un camino pintoresquísimo, ya que discurre entre enormes peñascos que se asoman al vacío, y pendientes prados. En uno de aquellos existe una cueva al lado mismo del camino y que debe ser la chimenea o ventilador del subterráneo palacio de los «intxisus» legendarios. Vamos por la vertiente izquierda —según el sentido de nuestra marcha— con el abrupto valle de San Antón a nuestros pies.

Al «Txurumuru» —segundo pico, 927 metros— se llega por su lado nordeste y hay que subir por un sendero muy pendiente, de negra tierra, que a ratos requiere la ayuda de las manos. Pero es muy corto. Ya arriba, es impresionante mirar hacia abajo por cualquiera de sus lados.

Para ir al tercero de los picos, las dificultades del camino crecen. Hay que descender por la vertiente Sur del «Txurumuru», con cuidado y siguiendo la dirección que indican unas flechas pintadas en la roca. La última parte del descenso incluso requiere la ayuda de una anilla de hierro oportunamente allá colocada. Luego, ya es seguir la cresta.

También se puede ir al «Ayako-arri» bordeando al «Txurumuru» por la parte de San Antón por un camino tan difícil como pintoresco aún cuando su grado de dificultad no sea tanto como el anterior. Pero es bastante más largo y al final, nos deja donde hemos dejado las anillas del otro camino.

La cresta, estrecha, no lo es tanto como para dificultar la marcha a buen paso hasta llegar a la roma cumbre del Ayako-arri, punto culminante de este macizo con sus 932 metros.

Si la transparencia de la atmósfera lo permite, de cualquiera de los picos veremos grandiosos panoramas. Al Este el Larrun, tan solo y aislado como nosotros, nos

señala la frontera y es como un hito en las llanas tierras del país vecino. A nuestros pies tendremos el ya citado y escabroso valle de San Antón, con sus blancas caserías destacándose entre el verde greco de sus tupidos castaños y hayedos y las bruñidas y centelleantes cintas de sus arroyuelos, mientras el Kopakarri y el Aguiña nos miran hoscos. Por encima de éstos y de la confusión de montes que les siguen, las blancas agujas pirenaicas pinchan en el azul celeste. Al Sur, sobre el inmediato Errenga y los no tan inmediatos Bianditz y Munanier, las negras cimas de Mendaur limitan, con el Mandoegui, el horizonte que parece que se abre más hacia el Oeste ofreciéndonos el maravilloso espectáculo del bravío suelo guipuzcoano hasta sus más lejanos confines remarcados por el Larrunarri, la blanca crestería del Aitzgorri, el Amboto, Udalaiz, Gorbea. . . Y hacia el Norte el esplendor del Saltus Olarso de Plinio, con el almenado Jaitzkibel mirando sonriente a lo que desde aquí parece un dilatado valle que abarca desde Orio hasta Irún y aún se extiende más allá del Bidasoa. Color, mucho color. . . Verde en todos los matices. . . azul, blanco, ocre, y. . . el mar. Su inmensidad parece querer abrazar a las dos costas, la francesa y la española. La primera ofreciéndonos como una sucesión de blancas playas. . . la segunda agreste, dura hasta los acantilados del Machichaco. . . Las llanas tierras de la vecina nación ofrecen el más rudo de los contrastes con la brava turbulencia del suelo hispano. . .

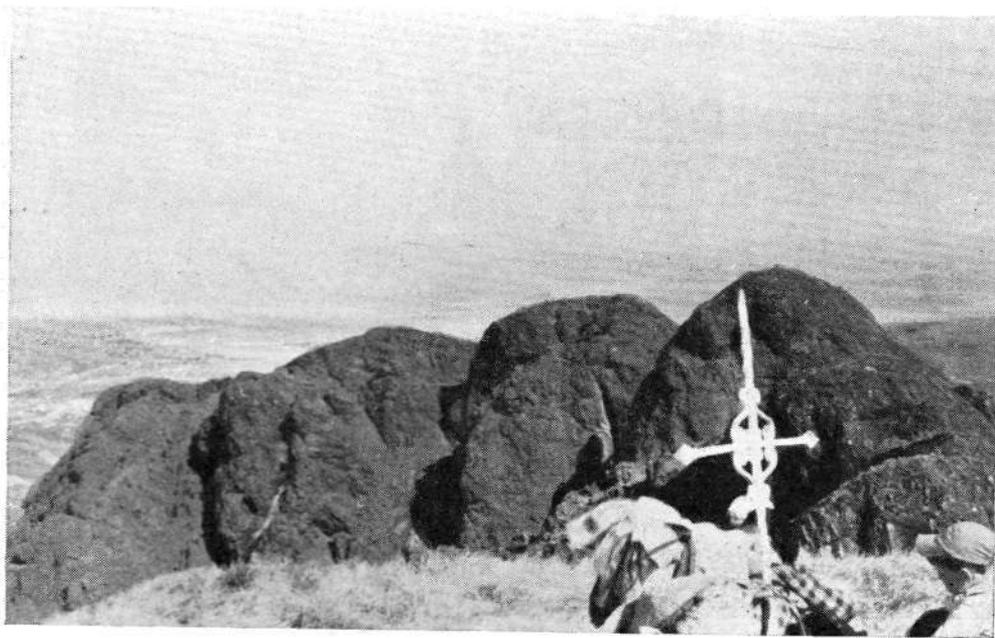
* * *

Hay otros caminos. Se puede ir al Ayako-arri por Aritxulegui, por las minas de Arditurri, por San Antón. Se puede partir de Irún, de Lesaca o de Vera del Bidasoa. Todos son caminos pintorescos, bellos. . . pero el descripto es el más fácil y seguro para los no conocedores de la comarca. He aquí el horario «tranquilo» para los montañeros que quieran saborear las bellezas del camino. Los «nerviosos» pueden quitar una hora al tiempo total fijado:

Oyarzun	7,35
Entronque carretera militar	8,00
Campamento en ruinas	8,15
Caserío Ameztoyeta (bar)	8,30
Fuente Picocarate	9,05
Caserío Picoqueta	9,25
Pie de las Peñas	10,10
Fuente primer Pico	10,40
Primer Pico (Irumurugarrieta)	10,55
Segundo Pico (Txurumuru)	11,20
Tercer Pico (Ayako-Arri)	12,00



El valle de Oyarzun con las Peñas al fondo destacándose claramente sus tres crestas puntuables.



Las Peñas desde la cruz del Ayako-arri.

(Fotos Bidazti)